

Clases magistrales

*La formación de los educadores en el
horizonte de la educación superior*

Adriana Puiggrós

El tema propuesto en el título de esta conferencia permite elegir diversos abordajes. Desde el punto de vista instrumental, hay aspectos muy interesantes para analizar; desde el ángulo político educativo –que no deja de estar íntimamente vinculado al anterior–, debemos afirmar que la educación superior es un derecho humano universal y un bien público y social, lo cual abre un panorama de tareas pendientes. Es prioridad el refuerzo y la extensión de las universidades que comenzaron a crearse durante la década pasada, respondiendo a una concepción democrática de educación superior y acorde al siglo que vivimos; también sostener la gratuidad –establecida por el peronismo– que complementa a la autonomía responsable, la libertad de cátedra y el cogobierno. Garantizar el cumplimiento de la Ley Modificatoria (27204/2015) de la Ley de Educación Superior (24521/95) que asegura aquellos derechos y protege a las universidades públicas de los intereses del mercado.

Si nos ubicamos en un plano más general, que es al que daré prioridad en esta conferencia, encontramos que un análisis de la educación superior no debería desconocer los cambios civilizatorios que, según las distintas opiniones, se asoman o ya estamos transitando. En cuanto a la formación de los educadores, a diferencia de otras épocas de la historia, tienen ante sí un futuro cargado de incógnitas. Quienes han elegido transmitir la cultura deberían encararlo desde un plano histórico, geopolítico y epistemológico de mayor alcance.

La formación de los educadores, al menos en el mundo moderno, se hizo dentro de versiones del pasado y horizontes de futuro convincentes para la mayoría de la población y, en particular, para los que ejercerían nuestra profesión. Las cosmovisiones religiosas o las diversas ideologías proporcionaban relatos de la historia y de la vida en el más allá o de los sucesivos ciclos de la historia que, si bien no transitarían los individuos presentes, supuestamente sería la ruta o el destino de las sucesivas generaciones. Los educadores se ubicaban dentro de ciertos parámetros y contaban con certezas que les permitían ordenar los dispositivos didácticos y tecnológicos que guiarían su actividad.

El carácter misional siguió dominando la tarea de educadoras y educadores hasta las primeras décadas del siglo XX, cuando comenzó a tomar fuerza la idea de la docencia como profesión. Las escuelas normales otorgaban una formación específica, pero el efectivo reconocimiento de las educadoras y los educadores como profesionales tardó en llegar. Fue un proceso vinculado tanto a cambios en su autopercepción como a las luchas feministas que ampliaron el abanico de posibilidades laborales de las mujeres, antes restringidas a la costura, la enfermería y los cuidados, estos últimos no reconocidos como trabajo.

Concebida en términos de profesión, la formación de los docentes presentó otras demandas, ahora más vinculadas al orden de los campos disciplinarios, que fueron determinantes en el diseño curricular desde los últimos años de la escuela primaria hasta la educación superior. A lo largo de la ruta educativa formal, el curriculum se fue dividiendo y cada disciplina fue tomando las riendas por encima de la pedagogía.

Además, la formación de los profesionales en distintas disciplinas (profesores, licenciados y posgraduados) no siguió suficientemente el ritmo de vinculación entre las disciplinas, los avances en interdisciplinariedad o transdisciplinariedad, que han sido notables en las últimas décadas ni tampoco fue oportunamente sensible a la revolución tecnológica.

Desde el punto de vista que puedo abordar en mi campo específico, resulta grave la desvinculación de la enseñanza de las disciplinas respecto de su propia historia y de la historia de la cultura. También debe anotarse que poco tiempo atrás la epistemología ingresó como tema en la formación docente, más aún, se puso de moda, pero fue capturada por el diseño curricular tradicional. La ausencia de la memoria histórica y las limitaciones a la vinculación de los interrogantes epistemológicos con campos disciplinarios puestos *en situación de enseñanza* son dos de los factores que abrieron la posibilidad de expansión de un renovado neopositivismo.

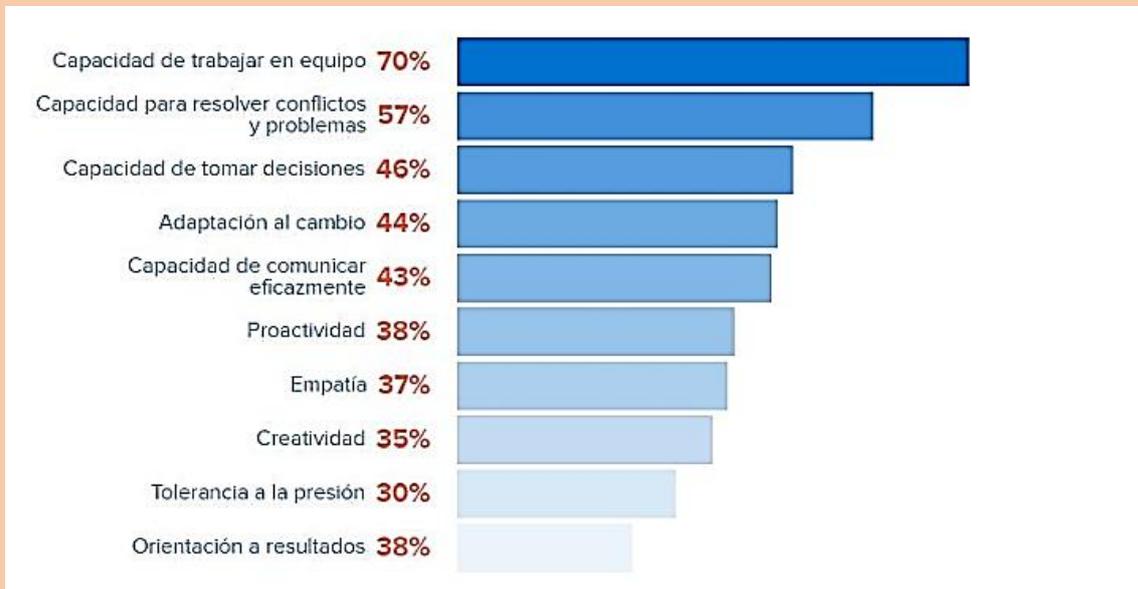
Parafraseando al historiador Yuval Noah Harari,¹ el capitalismo actual necesita personas con inteligencia, pero sin conciencia, y otorga cada vez menos valor a la experiencia. La inteligencia es definida por la capacidad de cumplir con el plan del algoritmo. Esto no es del todo nuevo, aunque de hecho mucho más sofisticado que los ensayos clasificatorios de los positivistas o la antigua planificación por objetivos. En los años ochenta llamábamos “objetivitis” a la fiebre que se despertó por ordenar la enseñanza sobre la base de metas de diferente nivel de graduación, que debían extraerse de manuales de didáctica. La fuerte discusión que se produjo en esa época no alcanzó para detener la irrupción de la cultura de las competencias, poblada por la eficiencia, la eficacia, la sobrevalorización de los talentos individuales, la *accountability* y demás contenidos del modelo empresarial.

Se dice que cierto conservadurismo propio de los sistemas de educación formal juega en este caso un papel positivo al resistirse a abandonar el relato propio del aula o a resignarse a la descalificación y dispersión de sus saberes. Es una posición peligrosa porque los núcleos de la civilización en la que los educadores hemos sido educados, y que aún perviven entre nosotros como relato de fondo, pierden valor si nos cobijamos en ellos solo para resistir el acelerado crecimiento y transformación de los conocimientos.

En tanto, la concepción neoliberal de formación profesional avanza sin abrir una discusión con las anteriores educaciones de los docentes, no hay un momento de reflexión, de consideración conceptual de la disciplina ni de la enseñanza. El mensaje es tómalo o déjalo, entra al nuevo mundo donde se exige que seas reflexivo, crítico, buen comunicador, hábil y dócil usuario de nuevas tecnologías. Una lista de “competencias” es repetida por empresas, organismos internacionales y muchos formadores de formadores. Veamos un cuadro:²

¹ Harari, Yuval Noah, *Homo Deus: breve historia de la humanidad*, Buenos Aires, Debate-Penguin Random House, 2020.

² Elaboración propia con información extraída de: Unión Industrial Argentina. Desarrollo de competencias para el futuro, <https://uia.org.ar/educacion/3851/desarrollo-de-competencias-para-el->



Esta lista de competencias, que se ha globalizado, puede ser aplicada a cualquier persona, profesión, situación social o requerimiento empresarial. Podría argumentarse que se trata del perfil de todo trabajador, de una estructura de personalidad, una "manera de ser", necesaria para que encaje en la "nueva civilización". Y este es el punto.

Se trata de un proceso de alineamiento de las personas a un "perfil" compatible con la ética de la sociedad desigual, que reduce al sujeto a una suerte de "ciudadano global" cuya condición de ciudadanía, como escribió el sociólogo y filósofo Zygmunt Bauman, es el olvido del pasado, la interrupción de su continuidad con el presente y el futuro, que se sustituye por encerrarse en vivir el momento, en un hueco sin perspectivas.³

El lugar de la interrupción, donde están bloqueadas la enseñanza de la historia y de la política, donde el desastre ecológico se muestra como un estado y no como el resultado de un proceso, de una elección evitable, de un tremendo acto destructivo de la humanidad, es donde se ubica el educando del neoliberalismo. La educación se disuelve en satisfacciones consumistas renuentes a la experiencia. Esta aparece como innecesaria porque, según afirman educadores y educadoras neoliberales, las infinitas ofertas de internet la sustituirían. Según esa opinión, la red también disuelve las diferencias y suplanta a los viejos sistemas escolares posibilitando la comunicación sin límites entre los individuos, en una suerte de emprendedorismo que los invita a disfrutar del absoluto presente, sin las cargas del pasado ni las responsabilidades que

futuro/ Recuperado el 29/11/21; Infojobs (2023), Informe Anual del mercado laboral, Soft Skills Academy, <http://ssacademy.ubo.edu.ar/habilidades/recuperado> 31/1/23; <https://orientacion-laboral.infojobs.net/habilidades-valoradas-por-las-empresas>, recuperado 7/10/23; Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social <https://www.argentina.gob.ar/trabajo/competenciaslaborales>, recuperado 7/10/23.

³ Bauman, Zygmunt, *Los retos de la educación en la modernidad líquida*, Barcelona, Gedisa, 2008.

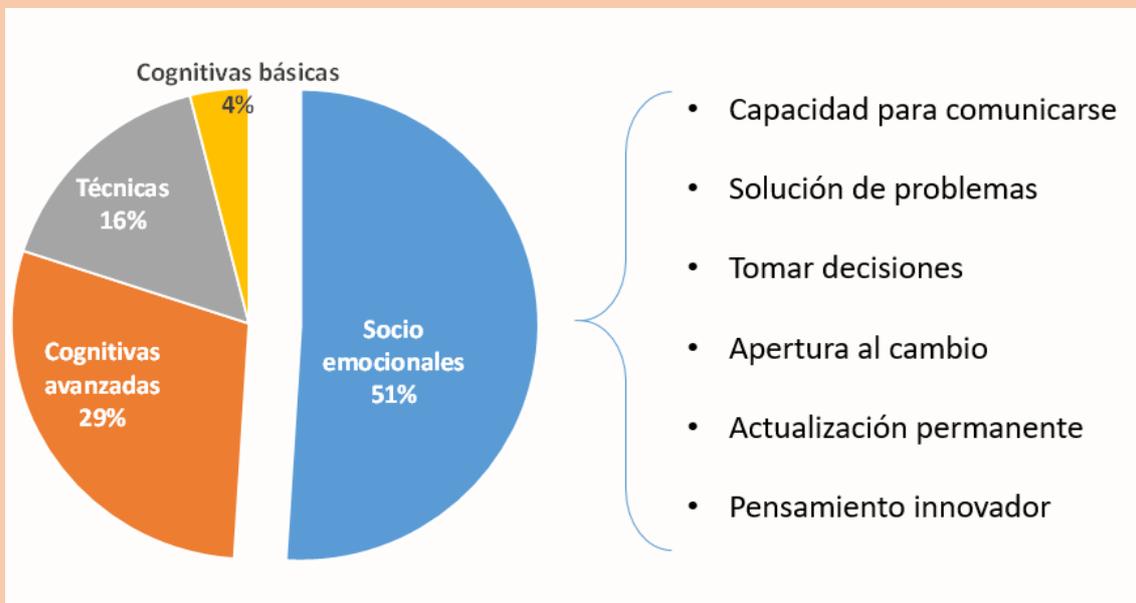
exige el futuro. Las corporaciones se encargan de producir las representaciones correspondientes a los distintos estratos en que van ordenando a los consumidores. Una muestra es el enlatado de recortes culturales, que en su versión pedagógica invade las aulas y las computadoras.

En cuanto al programa neoliberal de formación de los docentes, pasa en primer lugar por su adaptación a la ciudadanía global, acerca de la cual cabe preguntarse de qué se trata, cuando estamos cada vez más lejos de las promesas internacionales de paz de la posguerra y al borde de una nueva guerra mundial. Hay una “angustia social” que es pospandémica, pero también proviene del deterioro más profundo de los vínculos sociales, generado por la ilusión de una libertad absoluta, que descalifica y abandona el “contrato social”. Seguramente el viejo Rousseau nos diría que el “ciudadano global” neoliberal no sustituye a la “voluntad general”.

En la línea histórica y política que vengo exponiendo, vemos las enormes dificultades que debió y debe soportar la pedagogía (a la que casi no he nombrado y a la que voy a volver). Por ahora señalaré que es el objeto preferido de la reducción de saberes que fueron condensándose en dos continentes: el tecnológico y el emocional. Un buen docente resulta aquel que es hábil en las nuevas tecnologías y se adapta desde el punto de vista socioemocional a la situación que le toque. (Es el momento de pasar al punto del educador como trabajador de la educación y sus derechos, pero lo haré más adelante.)

Repasemos. La antigua pedagogía positivista y su oponente, el espiritualismo pedagógico, quedaron muy atrás de las discusiones entre conductistas y continuadores del psicólogo Jean Piaget o del pedagogo Lev Vygotsky en los años ochenta; pero el conductismo vino como anillo al dedo a la trama neoliberal; las competencias fueron la etapa superior de las reducciones positivistas y neopositivistas. La didáctica se fundió con la tecnología. La “misión” (o aquel misterio que el pedagogo Saúl Taborda llamaba “momento irracional” del acto educativo) , o la creatividad del educador, o las soluciones que encuentra, inventa, consigue el docente en esa práctica cotidiana que rebasa planificaciones y buenos propósitos político-educativos, debía ser capturada. En ella radicaba ni más ni menos que la potencial libertad del educador. Y la política.

Entretanto, versiones *ad hoc* de la neurociencia y de la psicología, aplicadas sin mediaciones en el acto educativo, como ha señalado el filósofo y doctor en Educación José Antonio Castorina, vinieron en ayuda de la necesidad de disimular la intención de disciplinamiento de los ciudadanos. Se diseñó un paquete de “competencias socioemocionales”, que muchos empresarios aplaudieron. Según investigaciones de la OIT/Cinterfor (el Centro Interamericano para el Desarrollo del Conocimiento en la Formación Profesional de la Organización Internacional del Trabajo), el orden de los requisitos que que las empresas solicitan es el siguiente:



Desde el sentido común, nadie puede oponerse a educar a los trabajadores, y en particular a los educadores, en tales competencias. Pero surgen problemas. Uno es su banalización, su definición superficial ligada a la ley del menor esfuerzo; otro es su ubicación en el vacío, en el lugar de la interrupción entre pasado, presente y futuro. Agrava los resultados la ausencia de conceptualización del campo de conocimientos y de su relación con la práctica educativa.

A continuación quiero retomar dos temas que enuncié en párrafos anteriores. Se trata del educador como trabajador y de la pedagogía. Las educadoras y los educadores fuimos misioneros, luego en alguna medida fuimos admitidos como profesionales, pero costó muchas discusiones y tardó demasiado tiempo el reconocimiento (incluso entre nosotros mismos) de nuestro carácter de trabajadores. Recién en 1973 se llegó a un acuerdo casi unánime al respecto, hecho que estuvo en el origen de la Ctera, la Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina.

Parte de esa discusión se refería al temor a la pérdida del prestigio social que tenían los docentes al reconocerse como trabajadores y en parte se debía a distintas posturas partidarias. Sin embargo, desde entonces –con excepción del período dictatorial–, la formación docente inicial y permanente se ha multiplicado y, por razones diversas, miles de docentes asisten a cursos, cursillos, posgrados, seminarios, y otras instancias, y los ministerios nacional y provinciales cuentan con importantes programas de capacitación.

Los trabajadores de la educación quieren ser buenos profesionales, pese a las condiciones adversas en las que siempre están. ¿Y la “misión”? El diccionario de la Real Academia de la Lengua proporciona diez definiciones. Voy a tomar la más vinculada a la raíz latina *missio* que significa “ser enviado”, ser encargado de llevar a cabo una tarea con finalidades. ¿No deberíamos asegurar a los futuros docentes que la sociedad les ha encargado una misión profundamente vinculada con el futuro, que requiere

para su concreción conocimientos especializados y condiciones de trabajo adecuadas y justas? Pero una buena parte de la sociedad, que en esta época carga con tantos impulsos negativos, ¿acaso no desvaloriza a los educadores como lo hace con todos los trabajadores, los gremialistas, los políticos, los ambientalistas, hundida en aquel vacío infinito de ese presente supuesto sin pasado ni futuro? ¿Habrá entre los múltiples futuros posibles alguno en el cual quienes dominan el mundo quieran evitar que los educadores reconozcan y adviertan a los jóvenes? ¿Acaso se trata del que sería consecuencia de la devastación de la tierra, la atmósfera, los mares? ¿El mundo de la deshumanización de la inteligencia, el de la renuncia al placer humano del descubrimiento, el del abandono de la educación sustituyéndola por el adiestramiento?

No es necesario que repita algo ya mencionado, como es el carácter comercial de la desvalorización del educador humano por parte del mercado informático y mediático. Pero no se reduce la cuestión a la privatización de la educación pública, sino que incluye la utopía (tal vez debería llamarla distopía) de una sociedad vaciada de instituciones educativas. En las últimas semanas un nuevo programa de inteligencia artificial conmovió a miles de internautas amenazando con un robot que no solo lo sabe todo sino que realiza miles de combinaciones en tiempos pasmosos y nos podría indicar hasta cuáles son los componentes de nuestra felicidad. De acuerdo con la concepción/intención que orienta las estadísticas sobre los rangos de la felicidad en los países, la felicidad podría llegar a fabricarse; quizás en un tiempo próximo podríamos encargarla a Mercado Libre, que a su vez la obtendría de un mercado bioquímico, dentro del cual haría una selección para ofrecernos. Si la felicidad podrá comprarse a medida, deberé adaptarme a los paquetes de conocimientos. Quizás pronto podré implantarme un chip que me solucione mi eterno problema con los idiomas. Claro está que deberé reducir no solo mi vocabulario sino mis pensamientos y renunciar a mi libertad lingüística.

La presión que se está ejerciendo sobre los docentes publicitando la superioridad de la tecnología y de las posibilidades de la nanotecnología y la bioquímica ubica como inevitable la finalización de su “misión”, de su profesión y de su trabajo. Esa es una convicción existente, y un propósito, pero no el único desarrollo posible de la ciencia y la tecnología, ni de su relación con la educación. Al menos no todavía. Por eso, en la formación docente hay que enseñar a reconocer, seleccionar, desechar, articular saberes, informaciones, supuestas verdades, pero hacerlo con libertad requiere que el educador tenga una cultura amplia, que conozca la historia en la que está inserto, que se reconozca sujeto de esa historia, que perciba las limitaciones que se le han impuesto, que entienda, acepte y cumpla con el contrato social, que sepa que los límites del futuro, incluida la vida en la Tierra, los pone la propia humanidad. Educar con libertad solo puede hacerlo el ser humano, por lo cual se vuelve imprescindible la defensa de la educación como trabajo y como profesión.

La creación de universidades pedagógicas (en 1955 la primera, en Colombia, en 1978 en México, varias en otros países, y la nuestra, la UNIPE, en 2009 como universidad de

la Provincia de Buenos Aires y en 2014 como universidad nacional) constituye un paso que reafirma la pertinencia de formar educadores, el carácter estratégico de su trabajo para la conformación de la sociedad futura, y la pertinencia de abordar la pedagogía como un campo específico de saberes susceptible a ser impactado y modificado desde otros campos del conocimiento. La pedagogía no se reduce a instancias instrumentales, ni a la economía, la sociología, o la neurociencia. Pero está sobredeterminada, a la vez que admite enfoques desde distintos ángulos de la cultura. Entre ellos, de la política. Es a lo que me quiero referir ahora.

Primero voy a diferenciar entre lo político y la política en acción, la práctica política en un momento determinado, con la finalidad de rechazar una confusión en la cual nos quieren introducir desde el neoliberalismo. El problema de la libertad retorna a la superficie, afectado por la manipulación de la que es objeto por parte del liberalismo. En particular, de la libertad de educación. En su nombre se recorta la historia, se mezclan conocimientos, se impone un orden del saber como si fuera, no solo natural, sino el único portador de seguridades. Se ocultan la visión política que atraviesa la trama pedagógica dominante, así como el impacto político de toda enseñanza en los educandos. Este nunca estuvo ausente en la formación de los educadores. En cambio, su importancia se destaca, paradójicamente, por el esfuerzo de ocultamiento de sus intenciones políticas por parte de los sectores dominantes, al mismo tiempo que su denuncia de tales propósitos por parte de sus oponentes. La formación de los docentes nunca está despolitizada porque "lo político" es uno de los elementos constituyentes de todo vínculo social y está fuertemente presente en la transmisión intergeneracional. El discurso que denuncia la presencia de lo político es un acto de ocultamiento, de engaño. Es una modalidad de la actuación política.

Pero, ¿acaso la política debe estar ausente como tema en la formación docente? Educar educadores es formar ciudadanos que educarán ciudadanos. Entre las competencias globalizadas que se repiten se destaca la capacidad de tomar decisiones. Decidir es elegir. La opinión y la elección personales están en un registro distinto de la indispensable formación política, que requiere la comprensión de la compleja situación actual de nuestro país y del mundo. Pero para acercarse a un entendimiento, enfrentar los daños de la "posverdad", hay que estudiar mucho, ampliar el margen de los saberes, obtener conocimientos y niveles de conciencia que permitan acceder a la discusión.

La posverdad también ha penetrado el campo pedagógico. "La escuela ha caducado"; "los docentes no saben nada"; "nadie forma a los docentes"; "no ha habido ningún cambio en los planes de estudio"; "ah, la escuela argentina de antes"; "la escuela pública ya no va más"; "aprenden más en la escuela privada"; "en internet aprenden más que en la escuela"; "la Inteligencia Artificial barrerá con todo". La educación formal hoy no es convincente para la mayoría de la población, como lo fue hasta décadas atrás. Tampoco me detendré ahora en la descripción del papel negativo del mercado educacional al respecto, que ustedes ya conocen, ni en el uso de la evaluación para la clasificación arbitraria de países, culturas y comunidades. Me

interesa señalar el daño que se produce a la pedagogía y al cotidiano enseñar/aprender al presentarla, como ya he dicho, reducida a aspectos instrumentales.

Sin duda nos acercamos a un terreno vigilado por el *Big Brother* digital, como diría Byung-Chul Han, donde se rechazan los interrogantes sobre el sentido de lo que se enseña, de lo que enseñamos, de lo que se aprende. Pero si desaceleramos nuestra carrera, seguramente advertiremos que los fines, los métodos, los procedimientos, las tecnologías son al menos interdependientes y, sin abandonar lo que de estos últimos campos hemos aprendido, reflexionaremos sobre su finalidad, sus sentidos políticos, la concepción cultural, científica, social y económica en la cual están insertos. Y restauraremos el campo de la pedagogía.

La formación de los educadores requiere en esta época estimular en ellos la superación del límite procedimental; el estímulo de los interrogantes; el permiso para discutir la pertinencia o necesidad de cualquier oferta tecnológica. Aún hay tiempo para que el trabajador de la educación pueda analizar y valorizar su tarea desde enfoques amplios. Lo propone el editorial de la revista *Análisis de las prácticas* N°1, editada por la UNIPE, que convoca al aporte de todas las disciplinas a “problemas relativos al análisis de las prácticas docentes”, así como a “nuevas aproximaciones metodológicas”, “la introducción del enfoque histórico”, “la inscripción del trabajo docente en diversos marcos interpretativos y, en particular, miradas respecto de los condicionantes del dispositivo escolar”.

Reflexionar sobre la práctica enriquece y por lo tanto alivia la tarea del docente, le proporciona más opciones para navegar en el convulsionado ambiente social y cultural que le ha tocado. La UNIPE valoriza especialmente los espacios de debate, entre los cuales se destacan sus publicaciones, tanto sus libros en colecciones como *Ideas de la educación argentina* cuanto las revistas académicas periódicas como la mencionada *Análisis de las prácticas*, las producciones de divulgación y transferencia como *Tema (uno)*, *La educación en debate*, suplemento del periódico *Le Monde diplomatique*, y las colaboraciones en la revista *Crisis*, así como la *Revista Argentina de Investigación Educativa*, cuyo N° 4, “Educación y ambiente”, será presentado al término de esta conferencia.

Se trata de actualizar aportes históricos, estimular la apertura de nuevas ideas y discusiones sobre la educación, frente a un horizonte que no por incierto resta posibilidades de intervención. Asumamos las responsabilidades que nos tocan.

La presente conferencia tuvo lugar en la apertura de la Semana Virtual Unipe – edición verano, 2023.



Adriana Puiggrós es doctora en Pedagogía (UNAM), escritora y política argentina de larga trayectoria. Fue diputada nacional, Directora de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires y viceministra de Educación de la Nación entre 2019 y 2020.

Entre sus principales libros se destacan *Imperialismo y Educación en América Latina* (1980), *La educación popular en América Latina. Orígenes, polémicas y perspectivas* (1984), *Sujetos, disciplina y curriculum* (1990), *Imaginación y crisis en la educación latinoamericana* (1990) e *Historia de la*

educación en la Argentina (1989-1996).